

a los gobiernos i a los pueblos de las Naciones Unidas por la libertad i la democracia.

El programa del 5 de diciembre, a su turno, fué especializado como correspondía i correspondió al homenaje rendídole exclusivamente a la isla predilecta del nauta esclarecido.

De carácter histórico, principalmente, fueron los actos celebrados en memoria i honor de quién unió su vida a Quisqueya i la Española i legó su amor i sus restos a la ciudad histórica que fué la Cuna de América i habría de ser la Capital de la República Dominicana. Hubo uno de ellos que fué como un regreso a la tumba primitiva. Desde la antigua iglesia de los Padres Predicadores, consagrada al fundador de la orden, Santo Domingo de Guzmán, i al culto de la Madre de Jesús, bajo la advocación del Rosario de María, fueron llevados los últimos restos del bizzarro Alonso de Hojeda al monasterio en ruinas, la iglesia de San Francisco. Habían permanecido —el resto mínimo de sus huesos i un pedazo de la piedra con algo de la leyenda sepulcral que le sirviera de lápida— precisamente durante el noveno cincuentenario que se celebraba, en el muro interior del templo dominico. Era el regreso de lo poco que resta del aprehensor de Caonabo a su primera tumba, a la entrada de aquella iglesia según su deseo, convertida ahora en una cripta con una lápida conmemorativa. Los pormenores de ese tercer sepelio los ofrecen al lector los diarios i revistas capitalinos que circularon en octubre i en diciembre del 1942. Clío da testimonio de ello. En su última edición del año

se leen algunas páginas relativas a la celebración de ambos días históricos.

La Academia Dominicana de la Historia, además de su asistencia a los actos celebrados antes referidos hizo i distribuyó los ejemplares de una primera edición de un libro con este título promisor: "Colón en la Española".

Con estas páginas, señaladas con los últimos números romanos, —el XIX i el XX— he llegado al término de la serie de los centenarios i cincuentenarios que, en honor i homenaje rendido a Bolívar el Libertador, se iniciaron en el país el 24 de julio de 1883. Eché de menos la celebración de los omitidos hasta entonces i desde el advenimiento de nuestro país al concierto de las Repúblicas de Américas; i eché de menos, con igual espíritu de justicia, el homenaje nacional que en el transcurso de los cuarenta años del presente siglo debió rendírseles a algunos próceres insignes de la Independencia i de la Restauración de la República. La proceridad civil ocupa sitio prominente en la historia de las naciones civilizadas.

La celebración del primer centenario de la proclamación de la Independencia Dominicana, ya en vías de organización con un programa de actos selectos de civismo i de cultura, debería ser un nuevo punto de partida para la celebración de otra serie de homenajes nacionales o internacionales. Es un voto cívico i nacionalista en honor i gloria de la república dominicana.

PROCER ANTILLANO

A ROBERTO H. TODD I MIGUEL GUERRA MONDRAGON

Saludo a quien no me olvida i a quien no quiero calificar de olvidadizo. A ambos les doi la enhorabuena i las gracias después de oír leer, en páginas de "El Mundo", los documentos históricos precedidos por una fervorosa carta del investigador del Archivo i por algunas líneas oportunas del destinatario.

Esos documentos, de política colonial i militarista, son reveladores del momento inicial en que Mayagüez, con Betances i Ruíz Belvis, asume la responsabilidad de la causa abolicionista que precede a la causa de la independencia.

Conocí a Ruíz Belvis —cuyo nombre de pila no se cita en los documentos— presentado por Betances en su segunda visita a Santo Domingo en 1867. Mi amigo el Antillano, aunque no era de baja estatura, tenía algunos centímetros menos que su distinguido compañero. Este era alto i esbélto. Era muy buenmozo. El cutis del rostro i de las manos era blanco, ligeramente sonrosado; el pelo lacio i el fino bigote eran negros i negra la pupila de los ojos expresivos.

Ambos próceres borinqueños fueron para mí

desde entonces los Antillanos. Aun no conocía a Hostos.

Recuerdo la emoción penosa que su muerte, en Santiago de Chile, me produjo al recibir la noticia infausta. Algunos años después tuve otra emoción, no menos dolorosa, al saber que sus restos mortales se había extraviados o confundido con otros huesos en un osario del cementerio.

La sugerencia de Miguel Guerra merece ser elevada a un acuerdo legislativo. Ruíz Belvis, lo mismo que Betances, es acreedor a ser representado en una pintura mural en hogar de las leyes en el momento psicológico que se evoca en uno de los documentos históricos.

Con ese voto de adhesión i de simpatía, sincero como mío, me place ponerle término a estas líneas.

Reitéroles mi saludo cordial como amigo i antillano.

Fed. Henríquez i Carvajal.

Febrero de 1943.

